

D. IGNACIO RAMÍREZ.

D. IGNACIO RAMÍREZ.

D. IGNACIO RAMÍREZ.

A.....

Cuando en brazos de Abril sale la aurora
El *ahuehuet* canoso reverdece,
La hierbezuela tímida florece
Y su partida Lucifer demora.

Y al contemplarte joven, seductora,
La sonrisa en los labios aparece,
El amor en los ojos resplandece;
¿Qué corazón temblando no te adora?

Dichosa juventud, que puede osada
Sorprenderte, bajarte de tu altura,
Y con rosas llevarte encadenada.

Acepta esta efusión ardiente y pura;
Me detengo á las puertas de la nada
Por celebrar, amiga, tu hermosura.

AL AMOR.

¿Por qué, Amor, cuando expiro desarmado,
De mí te burlas? Llévate esa hermosa
Doncella, tan ardiente, tan graciosa,
Que por mi oscuro asilo has asomado.

En tiempo más feliz, yo supe osado
Extender mi palabra artificiosa
Como una red, y en ella, temblorosa,
Más de una de tus aves he cazado.

Hoy de mí mis rivales hacen juego,
Cobardes atacándome en gavilla;
Y libre yo, mi presa al aire entrego.
Al inerme león el asno humilla;
Vuélveme, Amor, mi juventud, y luego
Tú mismo á mis rivales acaudilla.

POR LOS DESGRACIADOS.

TERCER BANQUETE FRATERNAL DE LA SOCIEDAD GREGORIANA.—1868.

Indigno es de sufrir el navegante
Que tiembla cuando ruge la tormenta
Y se esconde del rayo resonante:

Indigno es de la lid quien se amedrenta
Cuando en el campo se desata el fuego
Que de los más audaces se alimenta.

Mi madre es la desgracia; pero niego
Mi parentesco con aquel cobarde
Que agota, si padece, lloro y ruego.

Tenemos de morir temprano ó tarde,
Y entretanto es placer, es una gloria,
De un alma desdeñosa hacer a'arde.

Por eso el pueblo es digno de la historia.
Yo lo he visto sangriento y derrotado
Entregarse al festín de la victoria.

En vano el invasor lo ha encadenado;
La muerte en vano por su frente gira;
No descubre un caudillo ni un soldado:

En obscura prisión tal vez se mira;
Se extingue de la tumba en el ambiente;
Y allí lo alumbran su esperanza y su ira.

¿Quién ha postrado su soberbia frente?
¿Ni quién resiste su mirada fiera?
El contrario estandarte, omnipotente

Allá en la Europa, para allá volviera;
Y desde el Golfo contempló en el cielo,
Manto del sol, brillar nuestra bandera.

¿Y seremos nosotros el modelo
De los humanos débiles? Un día
Nos dispersamos con incierto vuelo

Tras los caprichos de la suerte impía,
Desde aqueste edificio venerable
Que de nido amoroso nos servía.

Éste se abrió un camino con el sable;
Aquél halló en la musa eterna fama;
Otro se envuelve en manto miserable,

Y pide al hospital la última cama;
Alguno el oro busca por los mares;
Otro su herencia en el festín derrama;

Quién consagra su vida á los altares;
Y quién la ciencia que aprendió, cultiva
Sin alejarse de los patrios lares.

Y de todos nosotros, ¿quién, cautiva,
Ha logrado arrastrar á la fortuna?
¿Quién su existencia de dolores priva?

Si es un astro la dicha, es cual la luna;
Un momento no más entera luce,
Y á la sombra su luz sirve de cuna.

¡Á cuántos desengaños nos conduce
Cuando ebrio de placer se halla el deseo!
¡Cuánta ilusión costosa nos seduce!

¡Dichoso quien su loco devaneo
Alcanza á prolongar! Con sus dolores
Luchar eternamente á muchos veo.

Para ellos siempre espinas, nunca flores
Produce el mundo. ¿Van tras la hermosura?
¡En sierpes se convierten sus amores!

Con fatiga se acercan á una altura
Do su ambición pavonarse espera,
Y oyen crujir la escala mal segura.

Un tesoro su rica sementera
Les promete; y desátanse los ríos,
Y la cosecha al mar corre ligera.

¿Quién es estoico ante hados tan impíos?
Yo no me atrevo á contemplar sus males
Por temor de llorar también los míos.

A destinos más nobles é inmortales
Nos puede conducir una atroz pena,
Á los héroes haciéndonos iguales.

Hijos del infortunio, la serena
Frente elevemos, como el risco osado
Cuando la tempestad se inflama y truena.

No es el hombre feliz; el desgraciado
Es quien eclipsa, al fin, la turba necia
Que en las garras del mal sólo ha llorado.

¡Fortuna y gloria al hombre que se precia
De respeto infundir hasta á la muerte!
Dios, por invulnerable, la desprecia;
Y, por su dignidad, el varón fuerte.

D. JUAN VALLE.

D. JUAN VALLE.

LA GUERRA CIVIL.

Vuela del Septentrión al Mediodía,
Y vuela del Poniente hasta el Levante
El torvo genio de la guerra impía:

Lleva en su diestra espada centellante,
Sus víctimas escoge y, descargando
El golpe asolador, sigue adelante.

Van la peste y el hambre caminando
Tras él como sus dignas cortesanas,
Tumbas y tumbas tras de sí dejando.

Hecatombes de víctimas humanas
Los ojos ven, y el corazón se aterra
Al fúnebre clamor de las campanas.

Llega á faltar para sepulcros tierra;
Que ni á niños ni á vírgenes ni á ancianos
Perdona el torvo genio de la guerra.

Como á José sus bárbaros hermanos,
Á sus hermanos los guerreros tratan,
Y en sangre fraternal manchan sus manos.

Las furias del infierno se desatan
Y de todos murmuran al oído:
«Matad y venceréis»; y todos matan.

Gratitud y amistad dan al olvido
Los combatientes, y en delirio ciego
Hieren hasta al amigo ayer querido.

Arrasan con furor á sangre y fuego
Las pobladas y espléndidas ciudades,
Que en desiertos trocadas quedan luego.

Y todavía aquellas soledades
El vencedor, en su triunfal carroza,
Cruza cual las siniestras tempestades.

En su carrera sin piedad destroza,
Pasando sobre el surco, los sembrados,
Y al paso incendia del pastor la choza.

Saliendo de las llamas espantados,
Medio desnudos van los moradores
Entre las fieras turbas de soldados;

Los que olvidando un punto sus furores
Convierten á la esposa ante el esposo
En víctima de lúbricos amores.

Más y más crece el fuego pavoroso,
Y el soldado el doméstico santuario
Tras el botín asalta codicioso.

Las llamas despreciando, el temerario
Recorre audaz la habitación ardiendo,
Y devora el incendio al incendiario.

De los que van su patria destruyendo.
Es agradable música al oído
Del techo desplomándose el estruendo.

El vencedor de ayer es hoy vencido,
Y el que vencido es hoy vence mañana:
De la patria es la voz largo gemido.

En medio, á veces, de la lucha insana
Se encuentra con su padre algún guerrero,
Y su espada traspásale inhumana.

Lo reconoce tarde en su ¡ay! postrero,
Y al ver que el crimen su castigo tiene,
Desgarra el propio pecho con su acero.

Cesad, cesad: sobre vosotros viene
Ávida ya la peste asoladora,
Y su marcha triunfal nada detiene.

Será la verdadera vencedora,
Y asistida del hambre, su aliada,
Será, por fin, de México señora.

Al más fuerte le hará soltar la espada,
Si no de caridad el sentimiento,
Sí del hambre la mano descarnada.

Cuando el recién nacido lllore hambriento,
El pecho exhausto le dará la madre,
Y sangre beberá por alimento.

Por mal que á la virtud proscrita cuadre,
Por quitarle su pan, fiero el hermano
Al hermano herirá, y el hijo al padre.

¿Los ejemplos de amor serán en vano
Que os da naturaleza en armonía,
Desde al águila audaz al ruin gusano?

¿Vuestros ojos de buitre todavía
No se cansan de ver sangre corriendo,
Ni vuestros brazos de la atroz porfía?

¡Ah! sí: ya estoy en mi alma presintiendo
Que mi patria por fin será dichosa,
Las fratricidas armas deponiendo.

La paz, como una madre cariñosa,
Sus benéficas alas con ternura
Sobre ella, al fin, extenderá amorosa.

Y movido por fin de su tristura,
AQUEL que convirtiera el agua en vino
Convertirá su acíbar en dulzura.

Le dará bondadoso luz y tino
Quien la luz á los ciegos devolvía,
Y seguirá mi patria el buen camino;

La hará resucitar á la alegría
Quien de la tumba á Lázaro sacara
De nuevo al aire y á la luz del día.

AQUEL que, paternal, multiplicara
Los cinco panes, perdurables años
De paz y de abundancia le prepara.

Tras tanta humillación y tantos daños,
Mi pueblo se verá grande y temido,
Envidiando su gloria los extraños.

Y el mismo que á su pueblo protegido
Por en medio del mar camino abriendo
En él deja al egipcio sumergido,

Potente los obstáculos venciendo,
Por la difícil senda interrumpida
Nos irá de la mano conduciendo.

Y cual llegó á la tierra prometida
El escogido pueblo tras la guerra,
Llegaremos tras lucha fratricida
De paz y unión á la anhelada tierra.

D. JOSÉ ROSAS Y MORENO.